

Rafael Pinedo

FRÍO  
SUBTE

— Línea C —



INTERZONA



**FRÍO**  
**SUBTE**





Rafael Pinedo

**FRÍO**  
**SUBTE**

seguido por El Laberinto

**INTERZONA**

**INTERZONA**

---

Pinedo, Rafael

Frío. Subte. – 1a ed. – Buenos Aires : Interzona Editora, 2013.  
216 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1920-08-2

1. Narrativa Argentina  
CDD A863

---

© Rafael Pinedo, 2013

© interZona editora, 2013  
Pasaje Rivarola 115  
(1015) Buenos Aires, Argentina  
www.interzonaeditora.com  
info@interzonaeditora.com

Coordinación y corrección: Virginia Ruano

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Hugo Pérez

Composición de tapa: Brenda Wainer

Foto de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-1920-08-2

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

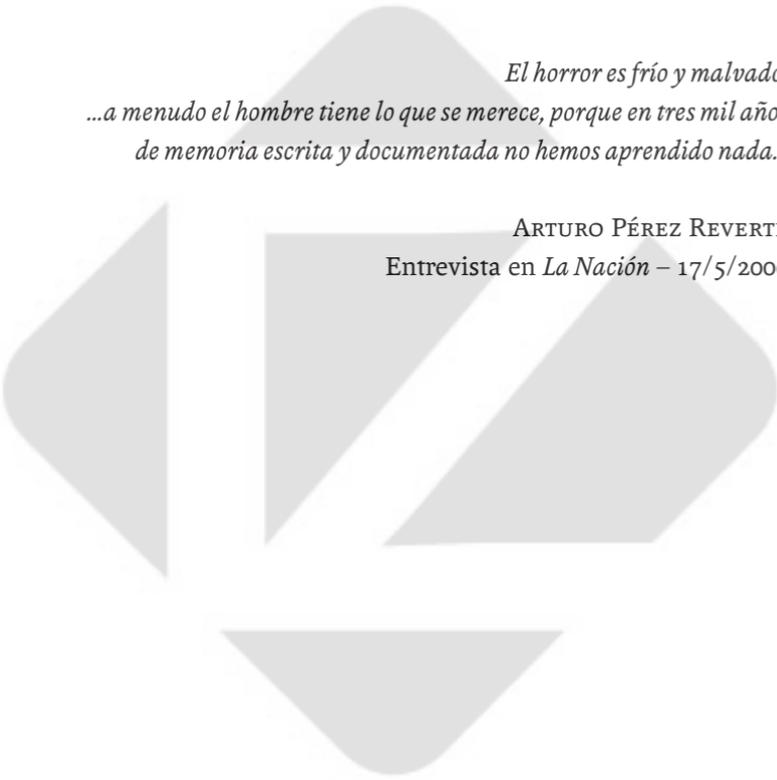
Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



**FRÍO**





*El horror es frío y malvado.  
...a menudo el hombre tiene lo que se merece, porque en tres mil años  
de memoria escrita y documentada no hemos aprendido nada...*

ARTURO PÉREZ REVERTE  
Entrevista en *La Nación* – 17/5/2006



## 1. LA TOILETTE

—El frío duele —masculló.

Miró alrededor, apenas la nariz y los ojos fuera de las mantas. Por el ventanuco entraba algo de luz, que refractaba en la escarcha formada del lado de afuera.

Desde la cama podía ver sus ropas perfectamente ordenadas sobre las dos sillas; en la más cercana, al alcance de su mano, el traje de estar adentro, con la bufanda, los guantes con las puntas de los dedos cortadas, las medias de cuero con forro de piel, el pantalón de matelassé, los chanclos con frisa, la gorra con orejeras; en la otra el capote con capucha para salir al exterior, el pasamontañas, las botas de goma para la nieve, los mitones más gruesos. Más allá, la cómoda con sus objetos de tocador, la salamandra, apagada, el calentador y la lámpara. Frente a su cama el altar con la cruz, sus santos y sus fotos. A la derecha su indicador de días, como le gustaba llamarlo.

Estaba orgullosa de ese calendario improvisado. Había probado muchas alternativas: nudos en un hilo no podía ser ya que era un bien escaso, marcas en la pared o una madera la hacían sentir un presidiario y el papel debía usarlo para prender fuego.

Finalmente había armado, con una malla de alambre muy fino y ramas, una estructura donde iba marcando los días en un sector, los meses en otro, y por último los años en una fila abajo. Utilizó ramitas insertadas en el alambre para indicar cada uno, haciendo un bordado en la tela metálica.

Claro que cuando comenzó ya había perdido la noción de las fechas y el clima estaba tan cambiado que ya no le daba ninguna pauta para orientarse, pero decidió que no debía estar tan lejos de su cumpleaños, por lo que decidió empezar un once de noviembre, festejándose.

Hoy era domingo, día de toilette.

Antes de salir del pobre abrigo de la cama alcanzó la bufanda y se cubrió el cuello y la nariz. Luego se calzó los guantes de interior y tomó el tapado.

Salió rápido y se lo puso; sin perder un segundo se encimó otras medias sobre los dos pares de lana que usaba para dormir, y se enfundó en los pantalones. Sin tocar el piso se puso los chanclos, y del respaldo agarró el gorro y se lo calzó.

Recién entonces bajó de la cama. Su primera acción al levantarse fue colocar sobre el farol un trozo de carne para que se fuera descongelando cuando lo prendiera; luego la salamandra: buscó del rincón astillas, un bollo de papel y una pata de silla. Los acomodó con la pericia que da la práctica, y usó un solo fósforo para encender el papel y el farol. Se iluminó la habitación de techo ennegrecido por el hollín.

Tenía un minuto hasta que comenzara a generar calor; corrió a buscar la olla y la llenó con la nieve potable que tenía en una tinaja al lado de la puerta. La colocó sobre la salamandra.

Acercó la silla a la estufa, se sentó, se sacó el gorro de la cabeza y desanudó el rodete que retenía sus largos cabellos grises. Había olvidado su cepillo y, murmurando contra su torpeza, se levantó a buscarlo. Luego volvió a sentarse, pegada al poco calor que comenzaba a generarse y, contando lentamente para marcar el ritmo, con la cabeza gacha, empezó a pasar el cepillo de la raíz a la punta.

Cuando llegó a cien se levantó y miró en la olla. Ya la nieve se había derretido; tomó el pedazo de carne todavía helado y comenzó a chuparlo.

¡Ay!... No poder darse diariamente la ducha tibia con esponja; ni un lavado completo inmersa totalmente en la tina, una vez a la semana, como hacía cuando era niña.

No tener que luego tapar el espejo para no avergonzarse con su imagen desnuda.

No estar más en las duchas del colegio de monjas cuando era una jovencita, con la camiseta de bañarse, y las admoniciones si alguna no miraba hacia abajo.

Buscó en la cómoda la tela que usaba como esponja y comenzó el baño: la mojó en el agua apenas descongelada, la escurrió, desabrochó una parte de su abrigo y pasó el trapo con fuerza; luego repitió la operación tratando de recorrer todo su cuerpo, sin saltar ninguna parte por más impúdica que fuera. No se detuvo demasiado en las zonas íntimas.

La higiene ante todo.

La carne en su boca se iba ablandando y soltando jugo, permitiendo que la masticara de a poco.

Recordó, como todos los días, sus clases de Economía Doméstica en las que enseñaba a las niñas todas las normas del buen comportamiento de una dama en su casa, inclusive en el baño.

Rememoró los consejos sobre frotarse con intensidad los hombros, los codos y rodillas, luego enjuagarse a fondo con agua tibia, secarse con vigor, con una toalla grande y limpia, y quedarse envuelta en ella durante quince minutos, sin vestirse, para tomar un baño de aire, como aconsejaba la Enciclopedia Femenina.

Suspiró; la realidad era otra, no era posible quitarse la ropa, no había tanta madera como para entibiar el ambiente. Tampoco tenía ya jabón como para desperdiciar; apenas le quedaban dos pastillas que debía racionar. Es cierto que sabía cómo fabricarlo, pero nunca contaría con la grasa suficiente; la que recuperaba servía como combustible y para cubrir la parte de su cara que quedaba al descubierto cuando tenía que salir al exterior; y ni hablar de la lejía.

Los pies siempre eran una parte difícil, ya que no había otra manera que desnudarlos, por eso siempre los dejaba para el final. Ese día decidió que quería darse el lujo de poner otro pedazo de madera en la salamandra; eligió un frente de cajón, porque una cosa es darse un gusto y otra es derrochar.

Apenas sintió crepitar el fuego mojó otra vez el trapo, el agua ya había perdido los pequeños pedazos de hielo, se quitó el chancho y las medias y frotó con fuerza. De las costras negras de sus pies dedujo que hacía demasiado tiempo que no se hacía la toilette completa. Increíble cómo pasaba el tiempo cuando una tenía que ocuparse de todo.

No pudo ponerse las mismas medias que llevaba. Le dieron asco. Buscó en el cajón otras, casi tan negras de mugre como las que se quitaba, se puso una y volvió a calzarse. Completó la operación con el otro pie, luego colocó las prendas sucias en el agua del recipiente junto con los trapos de la toilette, pasó el jabón como una caricia sobre cada uno, y escurrió cada prenda lo más que pudo, colgándolas luego en los clavos que estaban sobre el farol. Con esto evitaba que se congelaran y para la noche, cuando apagara la luz, ya habrían perdido suficiente humedad. En una semana estarían secas.

Saltando para que su cuerpo calentara las medias heladas añoró los días en que luego del baño pasaba su piedra pómez por los pies, especialmente por los talones, luego por las cutículas de los dedos de las manos para después untarlas con crema.

Miró su minúsculo espejo y decidió que no iba a quitarse los pelos del bigote y del mentón; le avergonzaba verse reflejada con una pinza de electricista en la mano, pero era la única que tenía.

Se peinó haciendo la raya al medio; no podía humedecerse el pelo porque al salir, incluso bajo el gorro, se convertiría en un casco de hielo. Con cada mitad hizo una trenza, que luego juntó en un rodete detrás de su cabeza. Suspiró añorando el peinado de antaño, de rizos prolijamente hechos con bigudíes.

Se puso las botas de goma, el capote y, antes de colocarse el pasamontañas, se arrodilló sobre el rollo de mantas frente al altar y rezó sus oraciones matutinas.

Se colocó el pasamontañas, cubrió las partes de piel expuestas con la mezcla de grasa y aceite helado, se calzó los mitones.

Antes de salir a encarar el nuevo día se miró en el espejo de cuerpo entero que tenía detrás de la puerta: parecía un oso, apenas se veían sus ojos.

## 2. RATAS

*Ratas e intemperie. Las dos cosas que más odio en el mundo.*

*Odio las ratas. Siempre las odié. Y no soy de odiar, no. Sé que está muy, pero muy mal odiar. Que es pecado mortal. Pero no hay nada que odie más que las ratas y la intemperie.*

*Podrán decir que soy loca. Pero es así: las odio.*

*Y ahora tengo que elegir.*

*Aunque es fácil. Si voy por el pasillo, las ratas indefectiblemente aparecen. No se atreven a atacar todavía, pero corren por los pasillos y se cruzan frente a mis pies. Si voy por la intemperie, bien preparada para la nieve, puedo pasar. Es peligroso. Siempre se corre el riesgo de que aparezca algún asqueroso pájaro depredador.*

*A los pájaros no los odio. Les tengo miedo. Cuando era joven no podía cruzar el patio. Lo rodeaba. Salvo cuando era recreo y estaban todas las chicas jugando. Ahí sí que no había ningún pájaro.*

*Exactamente al revés que ahora. Por el corredor que bordea el pasillo están las ratas. Las muy zorras. Zorras no, ratas.*

*No se las ve. Pero yo sé que están. Las conozco. En algún momento se animarán y me atacarán. Primero las más viejas. Total, si se mueren no les importa. Luego vendrá el resto.*

*Van a atacar de cualquier lado, de todos lados. Inclusive de arriba. De cada agujero del cielorraso del pasillo.*

*Por eso prefiero la intemperie. Me cubro con el tapado y con una sábana blanca para disimular en la nieve. Así los pájaros no me ven. Y paso corriendo al depósito.*

*Lástima que de la biblioteca no quede nada, nada legible, todo comido, masticado, lleno de baba y de excrementos.*

*Pero, más que los libros, para proteger mi cuarto de las ratas necesito las herramientas.*

*Espero que el carrito aguante para volver con todo ese peso. Lo peor es el alambre. Siempre hace falta más alambre.*

*Pero con el carrito no voy a poder pasar, se va a quedar atascado en la nieve, no voy a poder arrastrarlo, tardaría horas y les daría tiempo a los bichos para que me atacaran desde el aire. Tengo que ir y volver por el pasillo, por el territorio de las ratas.*

*¡Ya sé! La campana. Ato la campana a un palo y este al carrito, y voy tocando, así se asustan con el ruido. Así voy a pasar. Así voy a pasar.*

*Entonces, no olvidarse: la morsa, las pinzas, dos, la sierra o el alicate, los rollos de alambre y de tela metálica.*

*Yo no sé por qué el asqueroso del portero compraba tanto alambre. Para mí que robaba. Menos mal que se fue con todo el resto. Menos mal que se llevó su lujuria. Menos mal que estoy acá sola.*

*Sola. Salvo las ratas.*

### 3. LA PARTIDA

Puntual como siempre, fue de las primeras en entrar al Salón de Actos. Aprovechó cuando llegó el último para ir a cerrar la puerta y quedarse al fondo del mermado grupo, que ocupaba solo la cuarta parte del inmenso recinto, todos envueltos en gruesos tapados, viejos abrigos, frazadas.

La Madre Superiora entró última, por el escenario. Ella la miró con la misma admiración y temor de siempre. Su imagen era más imponente con el volumen que le daba su sacón de pieles.

—Supongo que ya todos saben el motivo de la reunión: nos vamos. Somos los que estamos. Ya no esperamos respuesta de aquellas personas que intentamos contactar —dijo mirando a la primera fila de alumnas. Se oyeron sollozos.

Apenas pudo seguir escuchando. Su corazón se dobló ante la imagen que desde hacía una semana la atormentaba: los padres de María Angélica llevándosela de la mano hacia la salida. Y ella que ni siquiera se dio vuelta para mirarla.

Desde entonces había estado como hipnotizada, cumpliendo mecánicamente todos sus deberes, hasta sus devociones.

Un movimiento en el escenario la hizo volver al presente. La Madre Superiora, desde el estrado, estaba diciendo:

—Y la hermana Eunice, como siempre, se encargará de la comida. Aprovecho para mencionar que hemos recibido como donación del Regimiento, antes de su retirada, una cocina de campaña.

»Esto seguirá siendo una escuela. Las maestras aún presentes dictarán sus clases en el camino hacia regiones más cálidas y las materias que no tengan docente las dictaremos las demás, en la medida en que podamos.

»Nuestro estimado portero se encargará de todos los aspectos técnicos del viaje. A partir de ahora es el Coordinador Operativo de la Escuela en Movimiento, y todos debemos tratarlo con respeto y obedecer sus órdenes.

El sucio y libidinoso personaje subió, se plantó con las piernas abiertas en medio del escenario, y miró con su sonrisa torcida a todo el auditorio. Sintió que especialmente detenía su recorrido al posar sus ojos sobre ella.

No pudo seguir prestando atención. Se sintió mareada, y en su mente se representó una escena: un carro donde ella y María Angélica estaban encadenadas, vestidas solo con cortas camisas de tela fina. Entrevió los pechos dulces y redondos de la niña, su pubis suave y rubio. El nauseabundo portero subía al carro, con el velludo torso descubierto, y del pantalón brillante salía un monstruoso pene erecto que apuntaba directamente a sus entrepiernas. Lo seguían las monjas, que empezaban a tocar a la niña con lujuria escandalosa. Las demás profesoras miraban y aplaudían burlonas.

Un aplauso marcó el fin de la reunión y la sacó de su ensueño.

En ese momento tomó la decisión de no acompañar la caravana.

#### 4. LOS ANTECEDENTES

Empezó a hacer frío, mucho frío, y más aún. Y empezaron a llegar desde el Sur. Todos y de todo. Primero los más pobres.

Un día fue al pueblo y se encontró con que la plaza era un amontonamiento de gente; parecía un campamento gitano, una masa de desarrapados, sucios, oscuros, cubiertos de trapos, abrigos hechos con restos, ponchos de mantas con un agujero. La corte de los milagros chapoteando en la nieve, la gélida corte de los milagros.

El éxodo que atravesaba el poblado pasaba por la puerta de la escuela. En autos y camiones, a pie, cientos, miles, helados, abrigados con lo que podían.

Hubo unos días en los que el camino era un río de gente. Cada vez más miserables, cada vez más congelados. Todos iban al Norte. Al calor.

Muchos de los que pasaban caminando pedían asilo por la noche. A ella le tocó, con asco, abrir la puerta alguna vez. Se oponía totalmente a la idea de las monjas de recibirlos. Una cosa era la caridad cristiana y otra muy diferente dar de comer a mugrientos, indios y pobretones.

Que se las arreglaran. Bien que cuando había que ir a misa estaban ocupados en sus propios asuntos y solo se acordaban de la Iglesia cuando tenían una necesidad. La caridad estaba muy bien, pero ahí, en sus lugares. Ella era la primera en tejer y enviar ropa usada para las escuelas de esos, allá, en el Sur. La caridad cristiana es otra cosa, se repetía. Otra cosa. Esto es una escuela de señoritas. Y primero eso. Si dejamos entrar a esas gentes de colores raros no se sabe lo que puede

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA